

PAISAJES DE LA PROVINCIA



PAZ EN EL ALTO DE LOS LEONES

(Foto Loygorri)

Unos niños y una vistosa tartana contribuyen aquí, en un día claro y apacible, a formar la bella estampa del Alto de los Leones en la todavía más bella estampa de la paz. Las huellas de las balas que hieren las piedras del monumento permiten evocar con emoción y respeto aquel Alto del León por donde pasaron las gloriosas Banderas de Castilla y del Ejército Nacional en uno de los más duros y más difíciles pasos hacia la gran victoria. Y desde entonces es el Alto de los Leones de Castilla algo más que la separación geográfica de dos provincias vecinas. Es la huella de la victoria y el homenaje eterno a los héroes que aquí —en plena Sierra del Guadarrama— dejaron para siempre sus vidas e hicieron posible esta bella estampa, que el fotógrafo captó, de unos niños y de una alegre tartana, en un día de tantos de esta paz bendita de España.





DILATADO como pocos y fecundo en grado máximo —la muchedumbre y diferencia de sus obras pastorales proclaman abrumadoramente este último extremo—, es el venturoso y feliz pontificado del Dr. Eijo y Garay en la Diócesis de Madrid-Alcalá. Si lo primero es por su larga vida —y Dios quiera conservársela muchos años, para esplendor del Episcopado español y auge y fomento evangélico de la sede madrileño-complutense—, lo segundo es corolario, fruto de su virtud ejemplar y de ciencia poco común, así en lo docto como en lo amplio. Una tan luminosa mente, con el acicate de un tan acendrado celo por la mayor gloria de Dios, no podía menos de alumbrar, en felicísimos partos, obras que, por su número y volumen, fuesen el asombro y la emulación, digno premio y corona de una abnegada y laboriosa vida consagrada por entero al pastoral apacentamiento de su grey, misión ardua y difícil que, si muchos aspectos abarca y comprende, todos han sido, con la ayuda de Dios y la total entrega, logrados y superados jubilosamente, y no para descansar en lo alcanzado, sino para hacer de ello cimiento de más y mayores obras, y meta provisional para partir a la conquista de nuevos y más amplios horizontes. Que esto es, en bien pobre y escasa síntesis expuesta, la vida episcopal y labor pastoral del Antístite puesto por Dios para regir, evangélicamente, con el mandato y norma que dió a sus primitivos y lejanos antecesores, los Apóstoles, esta singular Diócesis española de Madrid-Alcalá, que tanto tiene de señalada, escogida y relevante, y por todo ello, tan difícil, exigente y laboriosa; mucho más en los tres extremos, al haber atravesado por circunstancias de pruebas durísimas, de las que Dios la ha hecho salir airosa y triunfante, valiéndose de un tan inteligente, experto y animoso timonel para conducir la nave al gran puerto de dicha y ventura, y constituirle luego, por sus singularísimas dotes, en artífice de la prosperidad y ventura, tan dignas y tan merecidas.

Sin que éste sea ni haya pretendido ser elogioso prólogo, encomiástico preámbulo —ocioso siempre, y por entero en el caso presente, que cuando la verdad es tanta y tal, cuando brilla con tan potentes y nítidos fulgores, ni necesita loa, ni precisa enaltecimiento ni decantación—, bueno será, y la razón de orden y método lo exige, que se haga un poco de historia, de narración biográfica, antes de entrar en la exposición, siquiera sea superficial e indiciaria de vida tan amplia y tan fecunda en meritorios y laudatorios hechos, como los que ensalzan y definen la excelsa figura episcopal del hoy Patriarca de las Indias Occidentales, Obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay.

El 11 de abril de 1878 nació en Vigo. Cursó Latinidad y Filosofía en el Seminario de Sevilla y, pensionado en Roma, se doctoró con las mejores calificaciones en Filosofía, Teología y Derecho Canónico en la Universidad Gregoriana. Veintiún años tan sólo contaba cuando se le nombró académico de número de la Pontificia de Santo Tomás, de donde pasó a la Universidad de Sevilla, como profesor de lengua hebrea, hasta ganar en reñida oposición el cargo de magistral de la santa iglesia catedral de Jaén. Tres años después ganaba de modo admirable la canonjía lectoral en Santiago de Compostela, y en 1914, en la basílica compostelana, fué consagrado Obispo para la Diócesis de Tuy. Luego fué Obispo de Vitoria, y el 1 de junio de 1923 hizo su entrada solemne en la capital de España como Prelado de la Diócesis de Madrid-Alcalá, dignidad a la que hoy une la de Patriarca de las Indias Occidentales, y es además Doctor en Filosofía, Prelado asistente al Solio Pontificio, de los Consejos del Reino y de Regencia, Consejero Nacional, Vocal del Consejo Nacional de Educación y Presidente de su Sección tercera, Presidente del Instituto de España, académico de número de la Real Española y de la de Ciencias Morales y Políticas, etc. Pío XII le nombró noble romano con título de Conde.

En todo momento de una actividad incansable, monseñor Eijo y Garay tiene tras de sí una labor realizada inmensa; tan grande, que sería imposible recogerla en unos pocos párrafos, que nunca podrían expresar su valor y su importancia en la vida católica española. Pero a través de esta labor material y espiritual, a través de las huellas felices que el trabajo y el amor de monseñor Eijo y Garay han dejado allá donde fueron dedicados a la mayor gloria de Dios y mejor entendimiento

La ingente figura episcopal del Dr. Eijo y Garay

* * *

Su pontificado en la Diócesis madrileño-complutense es tan dilatado como fecundo

* * *

Ejemplar vida de virtud, laboriosidad y estudio

* * *

El suburbio, la misión y el seminario, triple piedra angular de su feliz y grandiosa obra pastoral

entre los hombres, brilla una luz constante, recta, aquella difícil serenidad con que monseñor supo obviar obstáculos, calmar agitacione, resolver problemas y salvar su tarea de los malos tiempos que hubo de vivir tan relevante personalidad desde tan alto puesto como ocupa.

Tiempos de dolor para la Iglesia y la Patria del doctor Eijo Garay, que ni un solo momento cesó de señalar el camino hacia la paz y el bienestar católico y español con firme palabra, desde su actitud «más que neutra» ante el vaivén de la política de los Gobiernos. Hombre de vastos conocimientos y aguda y clara visión de los problemas humanos, él fué quien, repudiando toda tiranía, porque sabía necesario para resolver los problemas de la sociedad «ante todo el espíritu de justicia y caridad, que es el espíritu cristiano», señaló primero al comunismo y al anarquismo como principales enemigos de la Iglesia, de aquella República incluso, que tanto mal le hizo.

Todo esto y un valioso y voluminoso cuerpo doctrinal lo ha venido planeando el copioso acervo de sus sapientes y encendidas pastorales que formarían el más vario y docente tratado sobre los asuntos de más palpitante actualidad relacionados con su Diócesis en particular, y con la religión en general, en puntos de fe y de moral, «in rebus fidei et morum», que se dice en expresión teológica; mereciendo destacarse, por su singular relieve y significado, las luminosas y enervantes pastorales sobre la Consagración de la Diócesis al Corazón de María, XXV aniversario de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, exhortación para recabar oraciones y socorros para la Iglesia perseguida, convocación a la «cruzada del Santo Rosario», discursos y pastorales sobre la Asunción de María y otros muchos relacionados con la Santísima Virgen.

Consecuencia y complemento de sus prédicas son las obras; las obras sin las cuales toda predicación es vana, como vana y muerta es sin ellas la misma fe, en decir del Apóstol: «da fe sin obras es cosa muerta». Y de las obras del episcopado madrileño de nuestro Patriarca-Obispo sobresalen —poderosas columnas que sostienen tan formidable edificio como lo es el cuerpo de sus predicaciones— tres principalmente: los suburbios, las misiones y el seminario.

La Obra Diocesana de Suburbios y los Secretariados de Caridad de la Acción Católica, ahora convertidos en Cáritas Diocesana, han sido siempre objeto de la atención y la solicitud del Patriarca. Treinta parroquias —no todas construídas aún— han sido creadas para atender las necesidades espirituales de los habitantes del suburbio, y para las materiales, escuelas, talleres, dispensarios, academias de corte y confección. Toda una obra gigantesca de amparo y de ayuda, como corresponde al buen pastor que todo Obispo debe ser en su Diócesis.

Y todo ello, llevado de su ardiente amor al pobre y al necesitado, de un verdadero y encendido espíritu de caridad evangélica, se ha venido plasmando en obras múltiples de esta virtud teologal, la primera de todas, porque, en decir del catecismo, «da vida a todas las demás y las endereza»; pero muy especialmente en estos últimos tiempos —desde la Victoria en la Cruzada de Liberación sobre las fuerzas del Mal—, en obras pro-suburbios —remediando tanta clase de necesidad como en todo suburbio hay, clamante por alivio y remedio— y en obras de vivienda, acaso lo más necesario, por ser acaso cabeza y origen de muchas cosas cuya enumeración y comentario —fustigación, mejor— nos llevaría muy lejos en el tiempo y en el espacio, y no podemos concederle aquél por carecer de éste donde explicar lo cumplidamente.

«Nunca nos hemos encontrado en una situación que afecte tanto a la justicia y que llegue a ser de caridad tan urgente y necesaria», ha escrito el Prelado refiriéndose al problema de la vivienda. Y su celo pastoral y su amor a los madrileños —que es amor a todos los españoles, que desde todos los lugares de España vienen las gentes a vivir a Madrid— se ha puesto de relieve en la creación y desarrollo de la Sociedad Constructora Benéfica Virgen de la Almudena, que hasta ahora lleva construídas 1.068 viviendas, y que actualmente tiene iniciadas otras 952 y aprobadas 398. Dentro de este mismo año se presentarán al Instituto de la Vivienda, para su aprobación, proyectos de otras 3.460. Más de quinientos millones de pesetas serán empleados en esta obra de enorme envergadura cristiana y social.

Otro punto de su magno, acertado y feliz programa pastoral en el gobierno y apacentación de su grey, es el misional, la misión. «Obispo y Misionero» ha sido llamado el Doctor Eijo Garay por su celo singular en la causa de la extensión del reino de Cristo. «Desde el primer momento —ha escrito otro Prelado y antiguo redactor de «Ya», don Pedro Cantero— vió el Doctor Eijo Garay que la clave del éxito misional en la Diócesis estaba en la tentación del ideal misionero en la inteligencia y en el corazón de su clero, de su Seminario, de sus parroquias y de sus fieles, y todo esto se produjo porque la tarea fué encauzada y desarrollada «por un conducto oficial y según las normas dadas por la Santa Sede», es decir, a través de las Obras Misionales Pontificias, Sagrada Congregación de «Propaganda Fide».

El punto de partida fué la campaña misional iniciada en 1925, mediante la predicación misionera en las iglesias madrileñas. En 1929 se creó el Secretariado Diocesano de Misiones. En 1934 comenzó a celebrarse la Jornada de los Enfermos por el Papa y las Misiones, y en 1939 se estableció la Cruzada Misional de Estudiantes. El centro de todo el gran movimiento misional de la Diócesis se encuentra en el Secretariado Diocesano de Misiones, que trabaja dividido en ocho secciones y que cuenta con publicaciones diversas.

La razón de esta inquietud misional ha sido clara y bellísimamente expuesta por el mismo Prelado. «Yo no amo a nadie en el Mundo como a esta mi amada Diócesis con la que Dios me ha honrado des-

posándome, y precisamente por eso, porque quiero lo mejor para ella, procuro agradar a Jesús, y procuro agradecerle fomentando el espíritu misionero.»

El tercer punto del vasto, ecuménico plan, es el Seminario. Ya desde sus primeros años de Obispo, allá en la lejana Diócesis de Tuy, el Seminario fué una de sus más constantes y fecundas preocupaciones. Allí procuró a los seminaristas una residencia de verano, como luego había de conseguir en Vitoria y en Madrid. Pero, aunque no sea más que por razón de los años de pastor en nuestra Diócesis, es aquí donde más energías y mayor empeño ha puesto en el florecimiento del seminario. El actual Rector era alumno al entrar en la Diócesis don Leopoldo, y, según este testimonio, la casa de formación de los sacerdotes debe al Prelado su florecimiento actual y el alto nivel científico y espiritual a que llegó.

La guerra hizo, en este caso como en tantos otros, redoblar sus esfuerzos al Patriarca. Hubo de velar por su reconstrucción, así como por su ampliación, erección del Seminario Menor en Alcalá y del de verano en Rozas de Puerto Real. En 1943 instituyó en la Diócesis la Obra Pontificia de Vocaciones Sacerdotales, que ha conseguido atraer sobre el Seminario las miradas y la preocupación de gran número de fieles.

Cada año el Día del Seminario es preparado y celebrado con solitud y cariño por el Obispo. Las pastorales que con este motivo dirige anualmente a sus diocesanos son auténticas piezas de erudición, belleza literaria y ardor apóstolico. «Ningún otro obsequio más útil en mis bodas de plata —escribió en 1948— que una campaña extraordinariamente intensa en favor de nuestra Diócesis.» «Y sólo el Seminario —añadía— puede llenar los huecos producidos por la guerra en la necesidad enorme de sacerdotes.»

Y esta reconstrucción y reorganización espiritual y material, como base fundamental del sacerdocio, ha sido lo que ha absorbido, desde la Liberación, la mayor y mejor parte de su vida, como general en campaña, desde su tienda, trazando planes, acoplando, ordenando, disponiendo; ¡haciendo verdaderos milagros!, dada la escasez de medios y elementos materiales y humanos para poder socorrer a todas las necesidades de tantas clases como lleva y exige la cura de almas, ¡muy especialmente en los medios rurales, de una Diócesis tan extensa como la madrileña. Los templos destruídos, los sacerdotes asesinados que debían susurrarse, el Seminario, el problema de los suburbios, las nuevas parroquias; todo eso ha sido objeto de la más exquisita atención y de los cuidados más terrosos.

La obra ha sido completada con el acierto sumo en la designación de los Obispos auxiliares: don Casimiro Morcino, actualmente Arzobispo de Zaragoza, persona de prodigiosa bondad e inteligencia, y los actuales auxiliares don Jose María García Lahiguera y don Juan Ricote, colaboradores íntimos, eficaces y silenciosos en la múltiple y compleja tarea pastoral del Patriarca.

Y Dios tenía que bendecir tantos y tan denodados, empeñados y bien dirigidos esfuerzos. Y los ha bendecido tan amplia y eficazmente que, a ojos vistas, al influjo benéfico de esta celestial ayuda, las Congregaciones e Institutos religiosos —el Seminario nunca en segundo lugar— se han multiplicado unos y ensanchado su órbita otros, que es una satisfacción y un gozo veros germinar y fructificar. Por mencionar algunos, indicaremos unos cuantos solamente, no por su relieve y prestancia, pues todos son importantísimos —piezas del engranaje de esta grande y armónica máquina que funciona a todo ritmo y producción—, sino según la memoria nos lo va suministrando: las Congregaciones y los Institutos religiosos han multiplicado su creación durante el gobierno del Patriarca Obispo; sin citar todas, aludiremos como representativas a las Religiosas Javerianas, en el apostolado general; Compañía Misionera del Sagrado Corazón, entre las de Misiones; Misioneras de Jesús, María y José (las monjitas del «jepp»), para los pobres; Nuestra Señora del Amparo, para la regeneración de jóvenes; Contemplativas, como las Oblatas del Cristo Sacerdote, e Institutos seculares como el Opus Dei y la Alianza de Jesús por María. También se ha fundado no ha mucho el Hogar Sacerdotal, y muy reciente, sin inaugurarse aún, la Casa de Convivencia de Sacerdotes, en Cubas de la Sagra, que está terminando de erigirse cuando esto se escribe.

En este plan está y a este ritmo marcha la labor pastoral, en todos sus aspectos, de la Diócesis de Madrid-Alcalá, por obra de la inteligencia y el celo, la virtud y el dinamismo de su pastor, que no embargante su octogenidad mantiene —Dios se las conserva para bien de esta grey que le ha encomendado— una viveza, una agilidad, un movimiento, ¡una acción!, ni más ni menos que si se hallase en una envidiable juventud, y en la que resplandecen —aliento, sostén e impulso de todo lo dicho, con la ayuda de lo Alto— una virtud ejemplar en todo cuanto exigen su elevada jerarquía y la múltiple y compleja función.

Síntesis bien reducida, estricta, sumarásimas de un pontificado paradigmático y fecundo, ésta que acabamos de hacer y que, para dar una cabal idea de éste en sus aspectos y extremos, en su naturaleza y extensión, en el logro de su fin y obra, obra excelsa y modelo, se precisarían páginas y páginas sin cuento ni medida. Por lo que, ante la imposibilidad de tal, y luego de dejar pergeñado con todo amor y reverencia este breve compendio, ponemos final, pidiendo a Dios estas dos cosas: que le siga conservando la vida en igual diligencia, lucidez, energías, virtud y ejemplaridad, y que continúe derramando sobre su venerable existencia, cuantiosamente, el tesoro inapreciable de sus celestiales dones y mercedes, para que, como hasta aquí, ello redunde en su mayor gloria y en bien de la Diócesis que le tiene encomendada. Así sea.

Notas de un curioso



MISCELANEA

María Estuardo, la mujer bella y apasionada, de libres maneras y alegres costumbres, que tantos amores despertó, habrá perdido después de su largo cautiverio —veinte años, la mitad de su vida, encerrada en el castillo de Fotherigan— tal vez lo que ella más había amado: la belleza. El verdugo, después de ajusticiarla, quiso levantar su cabeza y no pudo. Al agarrarla por los pelos sólo quedó una cabellera postiza. María Estuardo era calva. Triste destino el de esta mujer. Como reina, no supo conservar el trono. Como mujer, la belleza le abandonó aún siendo joven.

*

Madame Stael definió a Napoleón como «un Robespierre a caballo». Cuando lo supo Bonaparte, sonrió complacido y dijo: «Tiene razón la pequeña Necker. Yo soy como Robespierre: el orden a toda costa..., y además estoy a caballo».

*

En la vida no conviene asegurar nada, y ni mucho menos apostar sobre algo, por muy firme que sea nuestra creencia. Es hasta probable que pierda usted su apuesta si afirma que Colón descubrió América. Jurídicamente está probado que fué el Apóstol Santo Tomás. Veamos el motivo de tan caprichosa sentencia:

Las capitulaciones de Santa Fe estableciendo los derechos de Colón y descendientes a la gobernación de los países que iba a descubrir eran exorbitantes. Colón y su familia tenían derecho a todo. América se hubiera quedado en sus manos. Razones de Estado y de humanidad exigían la cancelación de aquellas capitulaciones, y fué Felipe II quien decidió anular tan exagerados derechos. A tal efecto, era necesario demostrar que Colón no había descubierto tales tierras, que otros habían «madrugado» más y que, por tanto, habían sido descubiertas con anterioridad. Para ello se recurrió a un expediente largo, en el que se probó que el primer hombre que llegó a tan ubérrimas tierras fué el Apóstol Santo Tomás, de quien se decía que fué a predicar el Evangelio a la India, nombre que se daba entonces a las tierras americanas por la confusión de Colón.

¡Para que apueste usted!

*

El oro de las joyas de los indios, ilusión de tanto aventurero, era de una mezcla que sólo tenía el 40 por 100 de oro. Se llamaba «guanín», y sólo se comprende la ilusión por este metal de tan baja ley, si se piensa que se le atribúan poderes curativos y mágicos.

ANTONIO GULLON WALKER

LIQUIDACION DEL SUBURBIO

CUANDO el Gobierno hubo de adoptar medidas encaminadas a restringir y reglamentar la inmigración provinciana hacia Madrid, se levantaron comentarios igualmente injustos, con esa injusticia que siempre lleva aparejada la exageración pasional. Unos —los egoístas— encomiaban la medida, pero la encontraban tardía y poco valiente. Para éstos, debía haberse evitado la inmigración hace años; ya que el problema se acometía, debía pasarse a sus pueblos de naturaleza a cuantos llegaron a Madrid después de la guerra de liberación. Los otros —los eternos románticos— se lamentaban de que Madrid cerraba sus puertas a los españoles, que deben tener plena libertad para habitar donde tengan por conveniente. Exageradas e injustas ambas posturas. Madrid se ha visto desbordado y se ha producido un crecimiento anormal que ha motivado la escasez de viviendas y ha favorecido el incremento del chabolismo en ese destecado cinturón de miseria que llamamos suburbio. Todas las grandes capitales sufren tal enfermedad, pero en todos los países han precisado adoptar medidas que reduzcan a la más mínima expresión posible esa manifestación de subsistencia infrahumana.

Durante la guerra de liberación llegaron a Madrid familias enteras de pueblos alcanzados por la primera línea de combate y se aposentaron en inmuebles abandonados o intervenidos por las organizaciones políticas. Al terminar la contienda, la mayoría de estas familias se quedaron en Madrid de manera provisional, que luego se convirtió en permanente. Al amparo de estas familias llegaron otras, y ya en cadena interminable, gran número de campesinos liquidaron lo poco que en el pueblo tenían y se presentaron en Madrid, donde esperaban comenzar una nueva vida. Una vez aquí, no tuvieron otro recurso que luchar con toda clase de reveses y calamidades, pero ya les era imposible retroceder y regresar a sus puntos de procedencia.

La casi totalidad del chabolismo del Puente de Vallecas, Ventas y Tetuán de las Victorias lo integran familias enteras de algunas familias andaluzas —especialmente Jaén—.

Fácil es comprender que el ritmo de inmigración no estaba acorde con el ritmo de construcción de viviendas asequibles al trabajador. Agréguese el número de inmuebles ruinosos, expropiaciones forzosas para obras de ensanche y establecimiento de zonas verdes, y se verá que Madrid caminaba hacia un embotellamiento desastroso. Ello obligó al Gobierno a adoptar la medida que comentamos. No se cierran las puertas de Madrid, pero se exige al que entre exhiba «su localidad». Quienes acrediten un contrato de trabajo y una casa donde residir, tendrán libre acceso, pero no podrán entrar los que pretendan venir a la buena de Dios, fiándolo todo a la suerte y a la casualidad, o a la capacidad de resistencia para sufrir la miseria que circunda el boato de las grandes capitales.

Otro aspecto de la cuestión es que en muchas ocasiones se han adjudicado viviendas a familias advenedizas, cuando otras vecindadas hace años en Madrid viven hacinadas en chamizos realquilados, en mezcolanza reñida con la moralidad y la higiene. Pero éstas, resignadas en su impotencia, quedaron en el olvido, ya que en primer plano aparecieron las chabolas desmoronadas durante una tormenta o allanadas por exigencias de las grandes construcciones.

No es que las medidas adoptadas vayan a resolver en meses el pavoroso problema del suburbio madrileño, pero es indudable que no se agravará y que, poco a poco, se irá reduciendo hasta desaparecer.

Así, pues, los comentaristas apasionados deben juzgar la medida de restricción en su justo límite: mejorar el nivel de vida de cuantos habitamos en Madrid y de los que aquí sigan viniendo, pues Madrid dejaría de ser Madrid si no permaneciera con los brazos abiertos hacia los españoles de las regiones todas. Que en su mayor parte lo integran «madrileños» de Guadalajara, Toledo, Ciudad Real, Badajoz, y así hasta agotarse las provincias.

Se dice que es tal la atracción que tiene el teatro para los aficionados, que el que rompe un par de zapatos en las tablas, ya es cómico para toda la vida. Igualmente puede afirmarse que quien rompe un par de zapatos en Madrid, queda prisionero de su encanto. Pero hemos de hacer lo posible para que no muera este encanto, ahogado en esa corona de espinas que es el suburbio.

MARY LUZ MERELO BURELL



Orto, apogeo y ocaso



del PELELE



El juego, diversión o costumbre de mantear a una persona, animal o muñeco, —llamado en este último caso pelele—, reconoce un origen tan antiguo que, quien se le concede menos remoto, le sitúa en la Roma pagana, anterior a Suetonio, como a cualquier mediana cultura les consta por la labor de las «Folk-Lore», como se denominaron las nuevas asociaciones que a mediados del pasado siglo aparecieron, estableciéndose en las principales ciudades europeas, con el exclusivo objeto de estudiar, entraña, origen, significado y demás circunstancias los refranes, sentencias, dichos, cantares, canciones, juegos, usos, costumbres, etc., de invención popular. Nombre éste de las nacientes asociaciones que luego se aplicó a las ciencias que profesaban, y después y hasta el presente, al conjunto y aun a elementos aislados de cuanto sobre ello versa tal ciencia o estudio. Y así hoy es «folklore» —ya sin guión que una las dos palabras y hasta sin comillas que las señale y signifique como foráneas y exóticas— el conjunto de todas estas cosas típicas y genuinamente populares, y cada una de ellas de por sí.

Pues bien, a este folklore español pertenece el pelele, que si fué castizamente español, fué eminentemente madrileño —capital y provincia—, regocijante entretenimiento que aun resta en algunos pueblos, muy escasos, del Sur y del Este de la provincia; desaparecido hace mucho de la Villa y Corte, y lugares, pueblos y otras localidades de otras orientaciones dentro del área de la provincia, cuya capital tiene campeando en su escudo un oso aupándose a la madroñera a darse un atracón de madroños, sabrosa fruta roja agrídulce que tanto le gustaba al plantígrado. De la capital desapareció mucho antes, no embargante haber triunfado en ella plenamente, alcanzando su apogeo en las galanas épocas de la majeza y la molería; de lo que dejó bella y feliz constancia el lápiz genial de A. García Mencla y, por sobre toda loa y encomio, el pincel supremo del padre Goya.

Y el pelele, como decimos, tiene un origen antiquísimo. Refiere Suetonio que los jóvenes del Patriciado romano, al retirarse a sus casas a altas horas de la noche, como topaban en el camino algún beodo, se divertían con él, manteándole. Esta costumbre, bárbara al fin, como propia de una ciudad relajada, sin sentimientos ni moral, debió transformarse en el transcurso de los tiempos, debido a la influencia de la moral del Cristianismo y a la conciencia que creaba nuestra religión, transformando al pagano en cristiano. Y como el asunto, por su nimiedad, no merece estudiarlo siglo por siglo, mostrando sus variaciones, nos ponemos más de lleno en el siglo XVII, donde, además de haber noticia amplia, nos lo da ya en un cambio notable y humanizado en lo que cabe en broma tamaño, de tanta pesadez, aunque desde luego de un gusto muy dudoso. Así, los perales de Segovia, los del Potro de Córdoba, los de las Ventillas de Toledo, los de la hería de Sevilla y otros graves senados semejantes, «gente alegre, maleante y juguetera», en cervantino decir, y como era aquel regocijado y brutal concurso que manteó a Sancho en el corral de la venta que Don Quijote, por su mal, creyó castillo, y donde aquella turba desalmada y ociosa «holgó como con perro por carne nefolendas» con el infeliz y malaventurado escudero del Hidalgo Manchego.

Por aquel siglo hacía ya mucho que, por obra y gracia de la musa socarrona, bulliciosa y algarera, había ésta ideado sustituir al beodo, en el manteamiento, por un inofensivo can —sin perjuicio de alguna vez, como acabamos de ver con Sancho, volviéndose la persona a ocupar la manta y volar por los aires, por lo que los desventurados perros andaban los días de antrujos más mohinos que de ordinario, huyendo sin parar en sitio alguno, corridos por los muchachos que los perseguían para hincharlos o atarles de la cola porras, latas, cerros o hacerles otro género de diabluras semejantes, que eran el regodeo bellaco de aquella laya, y en general de toda clase de gente de jácara, sin distinción de edad, sexo y condición.

Al perro le sucedió el pelele, que ya en esta clase de «manteado» pasó a la mujer, femenina, triunfando en la Corte en los divertidos y jacarandosos barrios de manolos y diez, peros, donde era de ver a casadas y solteras de rompe y rasga, en número de ocho o diez, armadas de su manta y su pelele, plantándose en la calle o la plazuela, lanzar el muñeco al aire briosa y salerosamente, entre gritos, epigramas, vayas, pullas, chistes y otros excesos de este jaez, a las veces capaces de sonrojar, por su rojo subido, a un sargento de Dragones, y siempre causando el regocijo y produciendo la carcajada con la gracia picarresca de la frase, la intención burla del vocablo o la ironía o el sarcasmo de la historia que relataban, o la crítica mordaz de los usos y costumbres que, so capa de novedades de muchos órdenes, de fuera nos venían, y que eran recibidos con los brazos abiertos por los portavoces de las modas, que de tantos nombres fueron gozando en el sucederse de las épocas.

La época goyesca fué la que pudiéramos decir la apoteosis del pelele, en el que se simbolizaron, para criticarlos, todos los vicios y defectos de la sociedad en todos sus aspectos.



político, militar, religioso, modas, usos y costumbres, a todos los cuales se acomodaba pelele, dándole adecuación por la forma e indumentaria. Y el manteamiento se celebraba compás de canciones y versos mordaces, irónicos, epigramáticos, burlescos, según la intención.

«El pelele está enfermo.—¿Qué le daremos?—Agua de caracoles,—que cría cuernos. La limón,—tira del cordón.—Cordón de la Italia.—Dónde irás, amor mío,—que yo no vaya.

La música que a estas copillas acompañaba, ocioso es decir que era la tan conocida «La limón», que habla de la fuente que se ha roto y a la que se manda a componer, lamentando no tener dinero para ello.

Y había muchas clases de versos. Y también prosas; expresiones clásicas y como tales. «A la una, a las dos, a las tres!... ¡Arriba con él!», era —entonces, y hoy con ayer— una de las más famosas expresiones para lanzar el muñeco a los aires, muy a y sin descanso, y entre toda la ristre de atrevimientos descomedidos, en tal grado que los niños de hoy, como los majos y manolos de antaño, se creían obligados a propasarse algo tanto, con grata complacencia de ellas, si ello era (o es) nada más que «un tanto»; pero a tanto llega, que pase ciertos límites, no quedará ello sin la contestación adecuada, enérgica y rotunda, y no escasas veces el pasar el osado, mal de su grado, a ocupar el puesto de pelele, de lo que el atrevido sale bastante mal parado.

Como se dice, de la Villa y Corte, hace mucho, muchísimo que desapareció, y de los pueblos del Norte de la provincia, si lo conocieron, lo abandonaron antes; en cambio, aún resta aunque ya en muy pocos, en algunos del Este y del Sur, donde es celebrado con singular gajara y regocijo.

Y testimonios de ello hay numerosos, entre los más modernos, Mesonero Romanos y Antonio Flores; más atrás está el de Castillo y Solórzano, en el caso del «italiano» de «Baciller Trapaza», y entre los clásicos están el del «sacristano» del entremés cervantino «La elección de los alcaldes de Daganzo», el del susodicho Sancho en el «Quijote» y el del «picar de Guzmán de Alfarache», por citar dos o tres solamente.

Y éste es, bien a la ligera expuesto, el orto, el apogeo y el ocaso del pelele, con su respetuoso origen, ascendencia y prosapia.

L. DE PLASENCIA